

"La Roche", Madrid.
7 enero 1912 390



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo

¡Por no quejarse!



PORRE Maragall! El, uno de los más grandes cantores de la vida y á mi sentir el más grande poeta de la España actual, renaciente, ha muerto apenas traspuesta la cincuentena. Ha muerto el más noble profeta de la grande Iberia del porvenir.

No he conocido hombre que haya sobre mí causado una más profunda acción de presencia. Era su mirada serena, honda y clara, como su poesía. Y él era el hombre-poeta. No un poeta que se hace á fuerza de arte, y á las veces de artificio y de mera técnica. De su poesía cabe decir—si esto no escandaliza á los estetas, y si les escandaliza, mejor—que está sobre el arte. Ni sus formas se soyugan á preceptiva. Es la verdadera poesía libre, desnuda. (Y desnuda no es lo mismo que desvestida.)

Presentía su temprana muerte, y presentíéndola, escribió aquel estupendo *Canto espiritual*, que empieza:

Si el mundo es tan hermoso, si se mira,
Señor, con vuestra paz en nuestros ojos,
¿qué más nos podréis dar en otra vida?
¡Por esto de los ojos tengo celos,
y del rostro, y el cuerpo que me disteis,
y el corazón, Señor, que late fuerte
en él..., y tiemblo tanto de la muerte!

para acabar diciendo:

¡Sea mi muerte un nuevo nacimiento!

Ha muerto cantando á la vida hasta el último instante.

«Dice su familia que ha muerto por no quejarse», me escribe Joaquín Montaner, uno de sus mejores y de mis mejores amigos, de quien es la traducción de los versos que doy más arriba, y que se propone traducirlo por entero.

¡Morir por no quejarse! ¡Y en esta nuestra Patria de llorones y plañideras, donde es una institución la quejumbre y donde casi todos nos quejamos de vicio!

Recuerdo la carta con que me contestó á una de las mías, escrita en uno de esos momentos de abatimiento debidos en gran parte al contagio de la neurastenia colectiva ambiente... Hablábale yo de

mis aprensiones de mala salud y me dejó entrecer, de pasó, con una sonrisa escrita, sus propias reservadas aprensiones. No, no se sentía fuerte; presentía su próxima *majör naixença*, su nacimiento en la Iberia celestial y eterna. Pero no se quejaba y ha muerto sin quejarse.

¡Y qué cartas las de este hombre! Las guardo junto á las que Ganivet, hasta muy pocos días antes de su muerte, me escribiera, y unas y otras son lo más preciado de mi tesoro epistolario. En esas íntimas cartas de Maragall, con cada una de las cuales me venía un nuevo aliento para mi labor, en esas cartas escritas en un castellano tan sobrio como jugoso, está todo el poeta, es decir, todo el hombre.

Ha muerto cantando á la vida. Así murió también otro gran poeta, el poeta castellano Gabriel y Galán, una de cuyas obras prologó Maragall. También Galán, pocos días después de la muerte de su padre y pocos días antes de la suya propia, exclamaba, en la flor de sus años: ¡Quiero vivir!

¡Quiero vivir! A Dios voy
y á Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy,
y quiero darme á las des;
quiera dejar de mí en pos
robusta y santa semilla,
de esto que tengo de arcilla,
¡de esto que tengo de Dios!

De ambas cosas ha dejado Maragall semilla: trece hijos y más de trece poesías impercederas.

Murieron ambos, Galán y Maragall, cantando á la vida, y se puede muy bien vivir, esto es, pelear, cantando á la muerte, á la paz. ¿No cantaba acaso á la paz y al descanso aquel áspero y recio combatiente que fué el maestro Fray Luis de León? Porque cantar á la muerte no es quejarse. Ni es quejarse tampoco el desesperarse, ya que la desesperación es copioso manantial de fuertes hazañas y hasta madre de la esperanza. Del pesimismo trascendente puede brotar y brota un optimismo temporal. Puede uno dudar ó desesperar de la última finalidad espiritual del universo y creer en



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USALÉS



3-90

un destino de gloria y de cultura temporales para la propia Patria. Y si el universo no tiene una finalidad, nuestro deber es esforzarnos por dársela.

Maragall ha muerto por no quejarse. Tal vez, si se queja á tiempo, se hubiera podido alargar algún tiempo más su vida. Pero ¿valía este alargamiento el estado de congoja y de alarma continuas en que hubiese puesto á los suyos? ¿Es vida una vida puramente defensiva, en que no se está sino avizorando todos los recovecos por donde puede venir la muerte, calafateando todas las rendijas por donde puede escurrirsenos?

Su muerte ha sido la última y una de las más altas lecciones que este gran maestro de la vida nos ha dado. Parece decirnos: «cantad á la vida, cantad á la muerte; predicad la guerra, ó predicad la paz; pero no os quejéis!» Sí; todo, menos el llanto. El grito, sí, el grito de rabia, de desesperación, de dolor, de despecho, pero no la quejumbre plañidera. ¡El que sepa cantar á la vida, que la cante, y el que no, que cante á la muerte, ó que se calle!

Pero es que hay un viejo refrán castellano que reza así: «el que no llora, no mama». Y aquí se llora para mamar y hasta para mascar á dos carrillos, y quedan aún plañideras de oficio que cobran por llorar. Nuestra quejumbre es quejumbre de pordiosero. Almas de mendigos arrogantes al fin.

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES